# CAPÍTULO XXIX.

## EL TRABAJO.

### LEY FÍSICA Y MORAL DE LA NATURALEZA.

Todo lo que se halla en la naturaleza del hombre, y todo lo que es una consecuencia necesaria de esta naturaleza, nos indica por cierto cual sea la intencion y la voluntad de Dios con respecto al hombre, haciéndonos por consecuencia conocer las leyes naturales.

(BURLAMAQUI, *Principios de derecho natural*, 2ª. parte, cap. IV, § 5.)

El que viole esta ley renunciará á su propia naturaleza y se despojará de la humanidad.

(CICERON, *República*, lib. III.)

Es una ley que nos impone naturaleza con el objeto de darnos un derecho.

NUESTRO objeto no es desarrollar un asunto tan vasto, sino solo sentar el principio.

Nótese un hecho digno de atencion.

La naturaleza agreste puede apénas bastar para la existencia mísera de algunas tribus salvajes; no puede bastar para la de naciones civilizadas. Para que la tierra pueda hacer vivir las naciones, es necesario que el hombre la ablande con su sudor, la fecunde con su inteligencia y su alma. Sin trabajo la sociedad no es posible. Echad la vista á las comarcas desiertas: la tierra únicamente produce en ellas bosques



salvajes, guaridas de bestias feroces y de reptiles venenosos; el aire que circula es malsano, y la corrupcion conserva la vegetacion y mata al hombre; solo se ven allí aguas encharcadas, ó rios sin freno y sin orillas, frutos ásperos, espigas sin grano, yerbas duras y espinosas, una vegetacion tan exuberante que sofoca la fecundidad, una naturaleza grandiosa que admira, pero al propio tiempo soledad, guerra y muerte. Magnífica creacion, imperio de los animales y no del hombre, y que espera la mano de este para que cultivada por él, forme su bienestar.

Así, la mision física del hombre en la tierra se reduce á rehacer la que habita, el aire que respira, y hasta las plantas destinadas á su abrigo, á su vestido, á su alimento; la espiga de trigo no se llena sino en su mano, los frutos del árbol necesitan del cultivo del hombre para dulcificarse; elige entre los animales, obligándoles á trabajar con él y para él. Busca el hierro y el oro en las entrañas del globo, y se sirve de ellos para adornarle y fecundarle. A su voz desaparecen los bosques, los rios vuelven á entrar en su álveo, cambian los climas, el aire se purifica, caen las espinas, las flores se multiplican, la yerba dura y estéril deja su lugar á frescos céspedes, á ricos jardines, los pámpanos de la viña serpentean en las colinas, y las pingües y variadas mieses abren en todas partes nuevos horizontes. Así se borra la naturaleza agreste, y se realizan los jardines del Eden. Cada paso que el hombre da en el globo, señala una conquista: el hombre tiene á su cargo concluir la creacion, y Dios le presta para ello una parte de su poder.

Veinte siglos atras, la Inglaterra, la Francia, la Alemania presentaban el mismo espectáculo de prados y bosque vírgenes que ofrece en el dia la América. El hombre ha debido modificar hasta las producciones de la tierra.

César dice que por causa del frio no podian cultivarse en Francia viñas. El hombre ha tenido que modificar hasta el clima.

Por medio del trabajo ha invadido la Europa.

Por medio del trabajo está invadiendo la América. Vésele avanzar en aquella tierra inculta, cual infatigable gigante, cuyos mil brazos doman los rios, nivelan las montañas, rompen los bosques, elevan ciudades, y de esta lucha terible é incesante hacen salir una naturaleza mas amable, mas fecunda y de la cual el hombre es á un tiempo amo y en parte criador.

De este modo el trabajo justifica la propiedad del pais en favor de la nacion, y la del suelo en favor de los individuos. Porque el trabajo no constituye solo la sociedad material, sino que establece un derecho, el derecho de propiedad. La tierra ha sido dada á todos, el fruto del trabajo á cada uno en particular. Pero no quieren entenderlo los sofistas que atribuyen la propiedad á la fuerza, y buscan su orígen en el derecho del primer ocupante, como si la violencia fuese mas que un hecho y pudiese alguna vez constituir un derecho.

La propiedad tiene sus raices en el hombre mismo: es una necesidad de su ser, el vehículo de su inteligencia, el vínculo de la sociedad, y el derecho del trabajo.

Los que hablan de destruirla y de fundar una comunidad republicana y monacal en que todo perteneciera á todos, dan una prueba de la completa ignorancia en que viven de las facultades del hombre y de las leyes de la naturaleza. Destruir la propiedad, es en otros términos destruir la sociedad.

El hombre nace desnudo y únicamente se posee á sí mismo. Mas tarde la industria le da un capote, un vestido, una casa, un jardin; de esta manera se va apoderando del globo, lo transforma, constituyéndolo propiedad suya por medio del trabajo. De sus necesidades y de su debilidad nacen su bienestar, su derecho y su soberania.



Y esta ley, cuya accion estaba preparada para nuestra inteligencia y para nuestra desnudez, esta ley, cuyo yugo nos parece tan pesado, y cuyo resultado es tan brillante, se apoya, como llevamos dicho poco ha, en el alma humana. El niño quiere poseer; no se conoce todavía á sí mismo, y ya comprende lo que es propiedad. Si uno de sus compañeros le presta un juguete, se divierte con él; pero su gusto no es completo, echa ménos la posesion. Desea mas y mas, desea constantemente hasta que puede decir: Esto es mio.

Mucho mas: el trabajo es una de las necesidades de nuestra naturaleza, una de las condiciones de la duracion de las familias y de la perpetuidad de las razas, como lo prueban las observaciones de Fresnel. Este jóven físico, cuyos descubrimientos borraron pocos años ha de una sola plumada la mitad de la obra de *Laplace* sobre *el sistema del mundo*, y toda la grande obra de Newton sobre la *Luz*; ese bello genio, cuya muerte prematura llora hoy la ciencia, habia observado que siempre que cuatro generaciones se sucedian sin dedicarse á un trabajo manual, los niños que formaban la quinta generacion morian jóvenes y tísicos, pues el trabajo de los brazos es indispensable para el desarrollo vital de los órganos de la respiracion.

Si abrimos la historia, veremos apoyada en ella esta observacion. La historia nos presenta la nobleza feudal, fuerte y robusta miéntras se dedicó á los rudos trabajos de las armas y de la caballería; enfermiza, débil y espirante en su raza, desde que la invencion de la pólvora la condujo á la ociosidad.

El ejercicio, pues, del espíritu y del cuerpo es una ley de la naturaleza. La naturaleza nos dice que cul-

tivemos, que construyamos, que creemos, que dominemos con el hierro, con el fuego, con nuestro ingenio, con nuestros brazos, y esto lo dice, no á una clase de hombres, sino á todos; porque no quiere que los unos trabajen, miéntras que los otros reposan. Su justicia es universal, sin privilegios; quiere que todos obedezcan; porque la obediencia lleva consigo la conservacion de las razas, y la infraccion de la ley trae su muerte.

Así la propiedad está fundada de una parte en la necesidad de poseer que está en el hombre, y de otra en la necesidad del trabajo que es la perfeccion de la naturaleza, la vida de las familias y la duracion de las razas. Dos leyes que estan en sorprendente armonía con otra ley moral de nuestro código: la sociabilidad.

## CAPÍTULO XXX.

### DE LA VIDA Y DE LA MUERTE.

### LEY DE LA NATURALEZA.

El que enseñare á los hombres á morir, les enseñará á vivir.... Su muerte es una de las piezas de órden del universo; es una pieza de la vida del mundo.

(MONTAIGNE.)

Luego Dios no es el Dios de los muertos, sino el de los vivos.

(SAN MAT. XXII, c. 32.)

La muerte no es una ley de odio, ni una ley de venganza; es la condicion de todo lo que existe. Dios la ha opuesto á la vida para conservar la vida.



Suprimir la muerte en el globo, equivaldría á establecer en él la nada.

Para que el otoño produzca sus frutos, las flores de la primavera tienen que marchitarse, y para que el amor produzca los suyos, es menester que las pasiones pasen. La vida y la muerte obran como un solo poder; la una tiene á su cargo desocupar la plaza, la otra llenarla; su objeto visible consiste no en crear, no en destruir, sino en continuar el grande espectáculo de la naturaleza.

Así, no hay cosa mas digna de admiracion que la armonía de estas dos potencias, y si podemos expresarnos así, que la igualdad de su trabajo. Caminan al mismo compas, sin quedar atras, y sin alcanzarse nunca; la vida siembra, la muerte coge, y las destrucciones nivelan las reproducciones. De esto depende la suerte del globo. No puede darse á la muerte ventaja alguna sobre la vida, ni á la vida sobre la muerte, sin que se destruya la creacion; porque la creacion no es ménos obra de la muerte que de la vida.

Y esto es tan cierto, como que para hacer cesar en la tierra la vida bastaria exceptuar de la muerte, no digo á la raza humana, sino al ser mas efímero: una planta, una hormiga, una mosca, un marisco, un pescado. Las semillas de una sola adormidera invadirian el globo en seis años; tres le bastarian á un bacalao para llenar los mares. Felizmente la muerte no deja de velar! Previsora y conservadora destruye tan excesivas multiplicaciones sin jamas destruir la especie, librando tan solo al mundo de los excesos de la vida.

Bajo este concepto, nos atrevemos á decirlo, la muerte es un instrumento de la vida. Todo su poder se reduce á cambiar las formas de la materia que no puede destruir y de que la vida vuelve luego á apoderarse. Así la muerte no tiene poder sino sobre la

forma, pues sobre la esencia nada puede. Este hecho ofrece á nuestra alma algo mas que esperanza!

Es decir que pintamos la muerte espantosa, porque no la conocemos bastante. En las manos del hombre es un crímen, porque el hombre quita lo que no puede dar; en las manos de Dios abre el paso al linaje humano, llama las generaciones del globo: si la muerte se detiene, desaparece este inmenso flujo: y si su objeto visible es la multiplicacion de las existencias, su fin invisible ¿podrá ser su destruccion?

No obstante los moralistas no cesan de invitarnos á que temamos la muerte: los unos la miran como un azote, los otros como un castigo. Pero, si la muerte es una ley de venganza, ¿la vida habrá de ser una ley de cólera?.... Si fuese así, ¡á qué tantos goces, á qué tantas esperanzas en nuestro corazon, á qué tan sublimes inspiraciones en nuestra alma! ¿Porqué ese sol, esas mieses, el verdor, el aire, el cielo, los olores, los colores, esas armonías admirables que mas dan testimonio de bondad que de poder? ¿Porqué la vida, en fin, esta creacion de *yo* que se desprende de la nada para apoderarse de la naturaleza?

Es cierto que venimos á ella sin defensa y sin inteligencia, pero bajo la salvaguardia de la ternura maternal. Llegan en seguida los juegos de la infancia, despues las ilusiones de la juventud, y el amor, que fuera bastante á nuestra felicidad, puesto que nos eleva hasta Dios. Nada de todo esto nos falta en nuestro viaje, y la Providencia, que ha previsto todas las necesidades que pudieran ocurrir, no ha olvidado tampoco su fin; así es, que para la salida nos da el sentimiento del infinito que nos negara al entrar en la vida.

Es menester decirlo, por singular que pueda parecer, tememos la muerte porque cerramos los ojos



á los beneficios de la vida. Si supiésemos mejor lo que Dios ha hecho por nosotros, sabríamos mejor lo que nos tiene reservado. La vida es un don celestial de amor y de bondad, un don magnífico, gratuito. No existíamos, y una potencia que existia desde la eternidad, nos llama, no solo á vivir y á sentir como todo lo que vive y todo lo que siente, sino á amarse. Esta potencia que existia, esta Divinidad que creaba, nos dió la inocencia y la ignorancia; abriendo despues delante de nosotros todos los caminos de la imaginacion y del saber. Por medio de la inocencia tocamos á la dicha de la virtud, y por la ignorancia á la felicidad de conocer. Estas dos primeras condiciones de la vida, que parece prueban únicamente nuestra debilidad, se convierten tambien en una fuente de los mas gratos placeres: la ignorancia es el atributo de la niñez, es un porvenir sin límites; todas las satisfacciones del amor y un mundo que se presenta á nuestra contemplacion. ¡Cuántas razones para amar la vida! Pero á medida que el alma se desarrolla, que se reconoce libre, eterna, infinita, mas poderosa que todos los poderes de la naturaleza; que el sentimiento de lo bello la eleva por encima de los mundos y de los soles, y que desembarazándose de todos los goces y de todos los sufrimientos de la carne, presiente alguna cosa superior á todo lo que siente, á todo lo que ve; ¡oh! cuántas razones para amar la muerte! cuántas razones para comprenderos y para esperar en vos, divino Criador de todas las cosas, poder que ERAIS, que sois y que SERÉIS, y al cual nos es permitido columbrar á pesar de nuestra pequeñez, y de rogar á pesar de nuestra nada!

Así, á medida que la vida habla, desaparece la asquerosidad de la muerte, y no tarda en reducirse para nuestra alma, en un paso de las tinieblas á la luz; una puerta abierta en el cielo, y en cuyo umbral

dejamos un cadáver; una cosa que no tiene nombre, dice Bossuet, un puñado de ceniza!

Luego morir es transformarse, es pasar de una á otra vida, de un mundo en que buscamos la verdad á otro que la posee. La muerte nos conduce á Dios; este es un hecho que borra todos sus dolores.

Tenemos, pues, que tememos la muerte porque carecemos de fe, que la maldecimos por falta de luces; la muerte es el mejor beneficio de la vida, pues que es su término.—Pero yo no quisiera morir. Concedido, no morirás. Dios te permite que seas eterno en la tierra. ¡Espantoso regalo! Considérate condenado á desear siempre, sin poseer jamas, á buscar siempre sin hallar jamas, á entrever siempre sin jamas contemplar, á amar siempre sin conocer jamas el Dios á quien amas. ¡Ah! ¿qué seria la vida, si se limitase á este mundo, con tantos deseos que incesantemente tienden mas allá? Todo lo que el hombre busca, columbra, estima, adora, ¿dónde está? En ninguna parte del mundo. La muerte pues ha de dárnoslo, esto es, darnos lo que la vida nos manifiesta. Luego la muerte es un bien, el mayor bien que puede el alma concebir, el camino de una eternidad que seria nuestro suplicio en la tierra.

Hombre de poca fe, blasfemas de la muerte, y por su medio has de poseer todos los tesoros que en esta vida te permite Dios tan solo columbrar y desear. Comprender la muerte es estudiar á vivir bien; comprender la vida, es ser feliz en la muerte.

Descansemos pues sin temor en la cama donde reposa el linaje humano. Si la cólera no pesa sobre nuestra vida, ¿porqué se manifestaria repentinamente en nuestra muerte? Las leyes de la naturaleza son leyes de benevolencia, que nos protegen hasta el fin, y tal vez en su última expresion depositó Dios el gran secreto de lo venidero. Observad que las miradas moribundas de todas las criaturas se dirigen al lugar donde su posteridad ha de renacer. La mariposa muere al pié de la flor en que depositara sus huevos; el pájaro al pié del arbusto cuyas semillas le gustaban y que abrigaba su nido; el corzo muere entre las rocas, el toro en medio de los prados, y echado sobre sus queridos pastos; símbolo de su propia inmortalidad, el hombre muere con la cabeza y los ojos vueltos hácia el cielo.



## CAPÍTULO XXXI.

### SOBRE EL MISMO ASUNTO.

### LA MUERTE NO ES UN CASTIGO IMPUESTO AL LINAJE HUMANO.

Tenemos negocios en el cielo, ó mejor diré, no tenemos negocios en la tierra, porque todos nuestros negocios estan en el cielo.

(BOSSUET, *Sermon sobre la paz hecha por Jesucristo.*)

Gracias te doy, ó muerte, por las luces que me das.

(BOSSUET, *id.*)

Señor, vos me habeis probado y me habeis conocido.

(*Salmo* CXXXVIII.)

AL cuadro que acabamos de bosquejar opone la supersticion los mas horrorosos espectáculos. Ella es la que al entrar en el mundo, nos dice á gritos: Alerta, acabas de nacer en la cólera del Señor: alerta, esta vida tan hermosa no es mas que una sentencia